

## Fuera lloviendo y Psicopatología II a las 9

por Sáhara

Está fumando un cigarrillo de liar encima de la cama después de acostarnos. Luego se va a la ducha y oigo rebotar el agua contra las mamparas y contra su cuerpo y quiero entrar en el baño pero fuera llueve y me mantengo mirando lo que hay al otro lado en un bajo de la ciudad que hemos convertido en universitaria.

Los jueves salíamos al único bar de lo viejo y una noche nos devoramos en un callejón y luego en la fachada de la biblioteca pública municipal. Desde entonces quedábamos todas las semanas para recorrernos: en los coches sin batería de la residencia -un Seat Ibiza negro del 95-, en la habitación doscientos -o trescientos- y algo del Colegio Mayor y en casi todos los lugares a los que podíamos entrar sin dinero.

Una noche me invitó a su casa y discutimos sobre Tarantino y Pulp Fiction -a mí no me parecía una obra maestra-, y fuera llovía de nuevo. Después, en el salón, me dijo que su compañera de piso repartía condones a las prostitutas y que uno menos no iba a notarse. Luego otra vez los cigarrillos de liar mientras sonaba una sinfonía de lluvia caer fuera y la ducha dentro y yo mirándolo todo desde la ventana como un tutti de orquesta. Alguien en la ducha y alguien mirando la lluvia fuera mientras inhala y exhala cubriendo el cristal de un mando blanco imperativo que rebota.

Después de esa noche nos despedimos y no volvimos a vernos solos nunca.

Habían sido cuatro años fuera y en una de las últimas fiestas de despedida me dijo: bueno, buena suerte desde ahora. Igual nos vemos alguna otra vez.

Lo cierto es que sí nos vimos otra vez, como desconocidos que se cruzan en una calle un martes por la mañana por casualidad en otra ciudad, con un saludo incisivo y sin parar el paso: hola-hola-. Y ahí todo y prácticamente nada.

Sin embargo, esta noche aproximadamente cinco años después de la lluvia y el rebotar de la ducha, buscando otra cosa en los archivadores he encontrado unos apuntes a mano de psicopatología II -los miércoles y jueves a las 9- y he vuelto a todo eso de Tarantino y a andar 10 minutos de mi casa a la tuya, y luego la vuelta, cuando jarreaba en noviembre a las 3 y media de la mañana.

No te había vuelto a ver aquí desde entonces; sentada al lado riendo sobre todo y cualquier cosa, y yo no me había vuelto a ver ahí; en el ataque-contraataque y el juego de sombras derrotándose y las gafas y el dibujar una blancura con las yemas.

No te vi cuando hicimos nuestra guerra, ni cuando lo puntual se convirtió en costumbre y luego en adicción, ni cuando susurraba sombras sin nombre, ni cuando nada. No había vuelto a verte desde la noche de ese miércoles antes del psicopatología II el día siguiente a las 9.

El día de la graduación todos firmes y a apretar sonrisas con la familia -las madres llorando extasiadas y los padres y los hermanos y hermanas y las abuelas-, tan emocionados que ninguno de ellos vio esta fisura ni el mundo que venía después de los trabajos, los exámenes en junio y septiembre y encadenar los jueves y la lluvia. El mundo de las prensas hidráulicas y las sirenas y el contrato de 6:40 horas y 5,8€ la hora.

La universidad fue eso de devorarse e ignorar el mundo que estaba aunque no lo viéramos entre una descarga de empujarse contra la pared y luego *para* y luego *sigue* y luego nada y después otra nada y saludarse como quien conoce a alguien de vista de la fila del supermercado o de cruzarse en el ascensor. No fue mucho más que eso. No conseguimos el Nobel antes de graduarnos en 2014 ni hicimos la Historia que considerábamos que nos esperaba a nosotros, los únicos, los primeros entre todos los primeros que habían estado en esto antes.

Años después, cuando trabajaba en la recogida de basura, pasé por tu calle. Recordé cómo salí a cinco grados vistiéndome mientras unos chicos en la calle se reían y volví a dibujar la blancura con los dedos dentro de los guantes de trabajo.

La blancura mientras recogía la orla imaginando un mundo teñido de oro, la blancura cuando te quedaste en la universidad, mientras andaba los diez minutos de tu casa a la mía a las tres de la madrugada. Al día siguiente tomabas esos apuntes sobre el criterio estadístico de desviación patológica y comentabas que, entonces, la normalidad era un criterio excluyente. Evidentemente si, la normalidad es un criterio excluyente. De ahí la lluvia y toda esa puesta en escena, porque todos íbamos a triunfar y no sé dónde estás tú pero sé dónde estoy yo y todo esto está muy lejos de la gloria.